

Memorias de un Imposible

norelliale



Capítulo 1

Así nos vemos antes de existir, como círculos de luces de colores, opacas, frías, que van flotando sobre la nada, esperando una explosión cerebral que nos de vida, voz, pasión, aire, una fecha de cumpleaños, una ciudad, una familia, deseos, miedos, música, una misión, una razón de ser. Así nos vemos antes de convertirnos en ficción.

Capítulo 2 Mis pesadillas no descansan, cambian pero me atormentan de la misma manera. Sin piedad me recuerdan todas las cosas que una vez poseí, son dibujos nítidos de todo lo que construí y que ardió lentamente, envuelto en llamas azules hace mucho tiempo atrás, a manos de la maldición milenaria de la Rosa del Desierto.

Sueño con el fuego que quemó todo, con la lluvia que se llevó las cenizas y las esparció por los 7 desiertos. Sueño con jardines que me embriagan con fragancias de flores que nunca existieron. Me despierto sólo para seguir soñando con ojos abiertos y empapados de sudor, ojos negros mareados por el calor sofocante que apenas me deja respirar. Sueños inquietos que recrean mi amor incondicional a su engaño, a sus mentiras seductoras, llenas de magia de la mala, de la negra, mentiras que fueron siempre más fuertes que yo. Sueño con el paso del tiempo que en realidad no pasa, porque todos los días son iguales al anterior y al que está por seguirle. Sueño con el fuego de la hoguera que con suerte pronto me quemará y con la lluvia que arrastrará mis cenizas por los 7 desiertos, hasta que alguna parte de mí, finalmente, llegue a ella otra vez.

Las pesadillas son dueñas de mis noches y de mis días, mientras camino, sueño despierto con el agua fresca, con la lluvia y con un jardín, aquel que vio nacer a la última Rosa del Desierto, la que se llevó ella, la mujer que no puedo nombrar sin que mi alma se encoja en el dolor del recuerdo de la tragedia que la separó de mí. Son pesadillas hermosas, que me muestran todo lo que nunca tendré otra vez.

100 años o más llevo recorriendo los 7 desiertos buscándola. Mis pesadillas me atormentan, pero

también me acercan a ella, de eso estoy seguro, son mi brújula, todos mis mapas, todas las estrellas guías que necesito para encontrarla.

(Cuento basado en la canción "Desert Rose" de Sting)

Capítulo 3 Imaginen el clásico pueblito de los Andes: resguardado por grandes montañas, verdes y solitarias, con un río helado y mínimo rodeándolo casi por completo, siempre cubierto de una espesa neblina que hace las veces de una traslúcida cortina blanquecina, lleno de callecitas cortas y angostas, algunas de tierra y otras hechas de grandes piedras grises, repleto de antiguas e inmensas casas, todas de paredes blancas muy deterioradas, en perfecta combinación con las tradicionales tejas rojas, con patios centrales llenos de plantas, amplios cuartos, techos altísimos y muy poca luz a pesar de las grandes ventanas de madera vieja y oscura, que por lo general, siempre están abiertas.

Con una plaza chiquitica y la típica iglesia de pueblo, aún más antigua que las casitas, con paredes aún más deterioradas y menos blancas, con techos aún más altos, aún menos luz, con ventanas de madera aún más grandes, un altar a punto de caer en mil pedazos, y bancos que rechinan incluso cuando nadie se sienta en ellos.

Como todos los pueblos de los Andes, este escribe sus historias en largas noches y largos días, noches y días que pasan sin mucho que hacer, y por tanto sin mucho que decir. En esencia, eso es todo lo que hay que decir acerca del pueblito, y es que describirlo con lujo de detalles, resultaría tedioso y sumamente aburrido, en cambio, podría ser mucho más interesante hablar de su gente.

O tal vez no sea tan interesante, porque después de todo la gente del pueblo es gente normal, nada que no se hubiera visto antes, nada que pueda llamar la atención. Son tan... tan... ¿cómo decirlo? ...Tan comunes, tan corrientes, insignificantes podría ser la

palabra justa para describirlos. Casi nadie le presta mucha atención a los demás y esto se debe a que casi todos los que ahí viven, llevan exactamente la misma vida aburrida, día tras día, mes tras mes, año tras año.

Todo esto que acaban de leer en el párrafo anterior, lo diría con seguridad cualquiera de ustedes si llegaran, por cualquier razón, a visitar el pueblito. Conocerían a cada uno de los habitantes, hablarían con uno que otro, los observarían de lejos en sus rutinas diarias, escucharían sus conversaciones y llegarían a la conclusión de que es gente simpática y buena, pero muy insípida.

Esa es la cuestión, uno de los principales problemas de la humanidad, que siempre nos conformamos con la primera impresión, siempre se está muy apurado o ocupado (aunque en realidad no haya nada que hacer) como para detenernos a ver con más atención, más allá de la superficie.

Claro que no puede culparse sólo al observador, también es cierto que a la mayoría de la gente le gusta mantener guardadas ciertas cosas de su vida, cosas que no dejan ver y que usualmente se esconden muy bien detrás de sonrisas y conversaciones sin importancia. En fin, lo que a duras penas trato de decir, es que por más que así lo parezca, puedo garantizar que la gente de este clásico pueblito de los Andes no es ni simple, ni aburrida, ni insignificante, ni insípida, y en muchos casos ni siquiera simpática, y hay una persona, solo una, que en realidad conoce todo lo que pasa en la solapada intranquilidad del pequeño pueblo que se esconde detrás de las inmensas montañas verdes, solitarias y frías de los Andes.

Capítulo 4 Las caminatas parecen eternas, no hay manera de saber cuan lejos o cuan cerca se está del destino si todo alrededor se ve igual desde hace 100 años.

No hay peor lugar para estar solo y desesperado que el desierto.

Aunque estoy muy lejos del país que me vio nacer, es bien sabido que el calor sofocante es exactamente el mismo en todos los desiertos, debería estar acostumbrado, pero ningún hombre, por fuerte y valiente que sea, puede acostumbrarse a la sensación de estar abrazado por llamas de fuego nuevo y palpitante.

Uno pensaría que al caer el sol debajo de los médanos, la noche traería algo de brisa fresca, tal vez lo hace pero yo soy incapaz de sentirla, porque en mis pesadillas siempre es de día, el sol siempre está sobre mi cabeza, quemándome desde arriba mientras la arena me quema desde abajo partiendo de mis pies descalzos. Hace tanto que no veo agua fuera de una cantimplora, hace tanto que no veo la lluvia, que de caer sobre mí aliviaría mis incendios permanentes, los de adentro y los de afuera, los de mis manos y mis ojos, los de mi corazón y los de mis piernas.

Pero el desierto ya ni siquiera me concede el consuelo del espejismo de un oasis en el que pueda calmar mi sed y huir del sol que me persigue sin piedad

Mis tormentos son sólo producto de mi imaginación, de la costumbre de ser un hombre, la verdad es que no me quema el sol y no necesito el agua, porque los fantasmas que vagan por los 7 desiertos no necesitan

nada y no deben sentir nada.

(Cuento basado en la canción "Desert Rose" de Sting)

Capítulo 5 Esto pasó en la víspera de la noche de Navidad, y más que el principio, es el final de una historia.

En el pueblito se acostumbra a hacer una gran fiesta en la plaza en navidad, con luces, comida, música, y bueno, lo que siempre hay en las fiestas pueblerinas. Todos parecían estar muy ocupados arreglando cada detalle de la celebración, pero a pesar de que había mucho trabajo por hacer, algunos buscaban el tiempo mínimo necesario para ir a confesarse como tenían por costumbre hacerlo todos los jueves.

El cura Ezequiel generalmente se levantaba cada mañana de cada jueves las 5:00 en punto de la mañana. Empezaba por darse un baño con el agua helada que recoge del río que esta justo detrás de la iglesita. Luego se desayunaba con pan fresco y leche recién ordeñada que siempre le regalaba Don Simón. Luego le pasaba la escoba a la iglesita, y un trapo mojado al altar, y un plumero a los asientos, aunque todo estuviera perfectamente limpio. Después se sentaba a rezar a su Señor, a agradecerle por el pan, la leche, el río, el frío, la gente, las montañas, los andes, la vaca, la iglesia, y por el perro que tiene desde niño y que está tan viejo que ya no se levantaba nunca de su cojín.

Y cada jueves, el cura Ezequiel, respiraba hondo, hondísimo, y antes de persignarse para culminar su rezo, le pedía a Dios que lo llenara de paciencia, sabiduría y tolerancia, porque había llegado la hora de entrar en el confesionario.

Se sentaba en el reducido y oscuro espacio y cerraba los ojos para, de nuevo, respirar hondo. Nunca le

gustaron los lugares cerrados al cura Ezequiel, le daba siempre como un susto en el pecho estar en esa caja de madera, porque al final eso es lo que es, una horrible y oscura caja de madera.

Por esos años el cura Ezequiel era aún muy joven, no tendría más de 30 años, y en su corta vida, muy pocas veces dudó de su vocación, y aunque respetaba y amaba con fervor a la Iglesia Católica a la que servía, existía un punto con el que nunca había estado de acuerdo y ese era la idea de las confesiones, después de todo ¿quién era él para escuchar los secretos de los demás, para juzgarlos, ponerles una penitencia, decirles qué hacer?, Y más grave aún, ¿quién era él para perdonarles? Pero bueno, tampoco era él nadie para cuestionar los lineamientos de la Iglesia a la que había jurado fidelidad, así que sólo le quedaba resignarse y hacer lo que en el seminario se le había dicho que debía hacer.

Capítulo 6“Imaginemos que detrás de cada puerta que ves hay un universo que tiene tu nombre y que funciona según las reglas que escribes sobre líneas imaginarias que flotan en el aire.”

Capítulo 7

La contraseña consta de tres partes.

La primera es tocar 3 veces con los nudillos del puño, con un segundo de diferencia entre cada golpe.

La segunda, retroceder 3 pasos. Alguien siempre está observando desde arriba, a través de una ventana invisible, rifle en mano, esperando por un desconocido.

La tercera, sólo cuando la mirilla cuadrada se abre y se asoman los ojos verdes separados por una cicatriz más que por la nariz, con las manos se hace a un lado la chaqueta para mostrar que no hay revólveres ni puñales.

Un error es sinónimo de un balazo en la cabeza.

No te acerques al callejón si no has memorizado esto.

No te acerques al callejón si no estás seguro de querer entrar.

¿Qué hay dentro? ¿qué puede ser tan valioso como para tomar semejante riesgo? No puedo decir que todos los que quieren entrar saben con certeza lo que buscan, sólo saben que hay poder, corrupto, mezquino, vacío, pero poder al fin, y para muchos no hay nada más importante y no

hay precio demasiado alto que pagar.

Suenan estruendosamente los seguros de la puerta al ser desarmados, rechina la puerta, el hombre musculoso y lleno de tatuajes, el dueño de los ojos

verdes y la cicatriz, te abre paso.

Hay que atravesar un pasillo oscuro, lleno de humo, sólo pueden verse al fondo dos pares de luces rojas, unas cerca del techo y otras cerca del piso.

Es imposible verlas, pero a lo largo del pasillo hay más puertas que llevan a cuartos individuales. Se escuchan golpes y discusiones acaloradas llenas de insultos en diferentes idiomas. Gritos de dolor, gritos de victoria. Muebles que se rompen, paredes que reciben cuerpos pesados y

cansados.

En cada cuarto una batalla sin cuartel tiene lugar. Todo por el poder, todo por el reconocimiento de todos a los que no conoces, todo por ser alguien a quien admirar y temer en partes iguales.

Las luces rojas te guiarán a la puerta abierta del cuarto en el que alguien más te espera.

Ya no puedes arrepentirte, la decisión la tomaste al entrar al callejón.

Capítulo 8 He sido muchas cosas, un hombre que intenta vivir, un joven que necesita aprender, un loco que pretende estar cuerdo, un comerciante con éxito, un prisionero que no sabe ser libre, un creyente que se aferra a lo imposible, un soñador terco que a pesar de haber visto mil anhelos destrozados se empeña en armarse alguno nuevo sólo por rehusarse a perder la costumbre.

Si soy sincero, había sido eso hasta hace una semana, lo que veo hoy frente a mí, son trozos sin forma de una vida que puede haber perdido todo sentido, nada comprendo, está rota el alma y si la rompí yo o me la rompió un extraño aún no he podido descubrirlo, sólo sé que ya no la percibo, que la sensación de vacío me arrastra a la paz infinita de la no existencia. Aunque suene extraño no sé si eso de no existir es en realidad lo que siempre estuve buscando.

Capítulo 9 Como mi padre y mi abuelo fui un hombre rico. Mis tesoros eran incalculables, mi palacio impenetrable, mi harem exquisito, mi descaro inmensurable.

No fui un mal hombre, pero tampoco hice nada de lo que enorgullecerme. Mi arrogancia se alimentó de mis riquezas. Quise todo lo que el mundo tenía para ofrecer, logré conseguirlo y no fui capaz de compartirlo.

Mi primera obsesión fue ser el dueño de las cosas imposibles de poseer, y fue esa obsesión la que me trajo hasta aquí, al lugar en el que sólo se me permite caminar en círculos eternos, mientras el pelo sigue poblando mi cabeza y mi cara hasta hacerme irreconocible, incluso para mí mismo, camino en círculos eternos, mientras mi sudor ahoga mi piel seca y quemada, sigo caminando sin llegar nunca a mi destino, mientras la desesperación me sigue poblando el alma hasta que mi humanidad termine de abandonarme por completo. Muchos fueron mis deseos, casi todos irracionales.

Recorrí kilómetros en compañía de decenas de hombres que sufrieron sed y hambre por complacer mis caprichos. Multipiqué mis posesiones haciéndome de tesoros y recompensas que no necesitaba. Llené mis noches de mujeres que me aburrían en cuestión de horas. Puse sobre mi mesa manjares que mi paladar no sabía degustar.

Adorné mi cuello con joyas que me encadenaban a las mentiras que sólo el oro puede susurrarte al oído. Todas estas obsesiones nacieron de la semilla de la ambición, sembrada por mi padre y mi abuelo, y por

todos los hombres menos ricos que yo, que deseaban mi fracaso y mi perdición, pero fue ella la obsesión más grande de todas, el deseo corrupto y poderoso que me debilitó y me entregó vulnerable y desarmado a sus manos hambrientas de dolor.

Ella, dueña del odio y del amor me atrapó mientras estaba perdido en la ilusión de cosas que nunca pasaron, cosas que aluciné sin sospechar nunca que quien controlaba la situación no era yo, el hombre más rico y poderoso de los 7 desiertos, sino la mujer delgada, aparentemente frágil, de ojos grandes y más oscuros que las noches sin luna. Ella que nunca envejecerá, es quien lleva la legendaria Rosa del Desierto enredada en su larga y abundante cabellera negra.

(Cuento basado en la canción "Desert Rose" de Sting)

Capítulo 10 Como cada jueves, la primera en llegar a confesarse fue la señora Micaela.

Hace tiempo ya que la señora Micaela dejó atrás la juventud. Su caminar era lento, y sus ojos habían perdido el brillo, su figura era regordeta y encorvada su tez pálida y fría como la nieve, su cabellera se debatía entre las canas y los pocos cabellos rubios que aún le quedaban. Desbordaba altivez, y acostumbraba mirar a todos por encima del hombro. Así como la juventud, hacía tiempo ya que la señora Micaela había dejado atrás la discreción, claro está, si es que alguna vez la había tenido.

Era viuda desde hacía 15 años, algunos decían, que el señor Andrés, salió huyendo de su mujer a los brazos de la muerte, que nunca fue feliz junto a ella, y que un día fue tanto su cansancio que decidió tirar la toalla y largarse a donde ella jamás pudiera hallarlo.

Siempre hay una señora Micaela en cualquier pueblo, edificio, vecindario o barrio, es decir, alguien que se cree mejor que todos, digna por encima de cualquiera, y que por lo tanto tiene el derecho, o más bien la responsabilidad irrevocable de meterse en la vida de todos, y sacar los trapos sucios ajenos al sol, con la simple intención de corregir las vergonzosas vidas de los demás, para que puedan vivir la vida como se debe. Por eso la señora Micaela no suele ir al confesionario a confesar sus pecados, sino que va a hacerles el favor a sus vecinos, es decir, confesar los pecados de ellos, a ver si Dios se apiada de ellos y en su infinita misericordia puede perdonarlos.

- Ave María Purísima

- Sin pecado concebida. Dígame hija –dijo el cura,

preparándose para lo que le venía.

- Ha pasado una semana desde mi última confesión. Padre, usted me va a disculpar, – hablaba sin parar, ni siquiera para tomar aire, y es que siempre hablaba así- pero siendo usted tan muchachito, osea, tan joven pues, se me hace tan raro que me llame usted hija, pero bueno, mejor vamos al grano, que me imagino que tiene usted tanto que hacer.

- Si hija, vaya al grano por favor –dijo el cura en un tono de impaciencia que por más que quiso no pudo disimular.

- Yo sé que está mal que yo lo diga, siendo una señora de mi edad, pero es que yo le digo padre, que no sé a dónde va a parar este pueblo lleno de pecadores y sinvergüenzas. Dígame, ¿cómo es posible que doña Josefa permita que su hija se esté viendo con el noviecito a tan altas horas de la noche?, Es una vergüenza, ayer me asome al jardín de la casa del muchachito ese, que vive al lado mío, usted sabe que a mí a veces me dan unos calorones horribles, y bueno, quise salir a tomar algo de aire, y los vi por pura casualidad. Padre, eran ya las 9 y pico de la noche. Yo le digo, ya lo vi todo, un día de estos, esa muchacha le va a llegar a la mamá con una sorpresita.

- Ay Micaela, no cree usted que está metiendo sus narices en donde la llaman.

- Me va a disculpar padre, pero me parece una falta de respeto que usted me diga metiche. Está bien que sea usted un cura, pero de todas formas las canas se respetan. Pero bueno para que lo sepa, si que me llaman, porque esos espectáculos que dan esos

jóvenes, los dan al lado de mi casa, y ¿qué va a pensar la gente de mí? Seguramente que soy una alcahueta, que permite semejantes...

- Está bien Micaela- dijo el cura dándose por vencido- ¿algo más que quiera decirme?

- Si padre, hay algo más. No sé si usted sabe, ¿pero se acuerda que hace como dos semanas el hijito de Pedro se puso malo?

- Si, claro que me acuerdo.

- Bueno, resulta que Pedro no tenía para comprarle la medicina al niño ese, que por cierto, es como muy catire para ser hijo de Pedro, que está, más bien de moreno tirando a negro, pero bueno ese no es el asunto. La cosa es que yo me apiade de él y le presté el dinero que le hacía falta. Pero mire usted, ya han pasado dos días, y nada que me paga. Yo sólo quería saber si era posible que usted hablara con él, como si fuera cosa suya, porque yo la verdad no puedo, me da cosa, bueno y le dijera que me termine de pagar de una buena vez.

- ¿Cuánto le prestaste? –preguntó el cura sobando sus sienes fuertemente con su mano derecha.

- Diez mil bolívares padre.

- Muy bien, Micaela vas a rezar dos rosarios seguidos por una semana.

- Padre, pero ¿por qué? ¿Yo que hice? –preguntó indignada- Usted siempre me pone penitencias, y no las merezco, ino las merezco!.

- Tu nada más rézalos, que yo sé lo que hago. Puedes ir en paz.

La señora Micaela y el cura Ezequiel, salieron al unísono del confesionario. Y antes de que ella saliera de la Iglesia, el cura se metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de cinco mil bolívares y se los dio.

- Considera la deuda de Pedro saldada.

- Gracias padre –contestó Micaela con cara de pocos amigos.

Capítulo 11 La gente no suele creer que las paredes puedan ver o escuchar, no es que importe demasiado, la mayoría de los muros consideran que los humanos tienen muy poco criterio.

Puede que tengan razón, la humanidad se caracteriza por rechazar lo que no puede entender, y por lo general no entienden lo que no ven, y para colmo de males, hace siglos que dejaron de ver al mundo para concentrarse en observar sus propios zapatos mientras avanzan por el pavimento.

Alberto se divierte observándolos, lo hace sentir superior, hace mucho olvidó lo que era ser una persona, la omnipresencia que otorga la muerte es mucho más entretenida. Este es su lugar preferido, un gran restaurante lleno de muros por los que puede pasearse a su antojo.

Pasa desapercibido haciéndose pasar por una pieza de arte callejero, la cara de un chico, dibujado en líneas azules.

Tiene un afilado instinto para separar a las personas interesantes de las regulares, sobretodo se interesa en las relaciones más que en los individuos. El hombre casado que seduce a una nueva amante durante una cena, armado hasta los dientes con mentiras y botellas de vino tinto. Los socios que se esconden secretos poco convenientes. Las familias destruidas que se pegan con cinta adhesiva igual que se hace con las fotos y los billetes rotos. Amigos que se cuentan las cosas más privadas, siempre exagerando un poco, sólo lo suficiente para ponerse por encima del otro.

En las horas en las que el restaurante está cerrado, se

qu coasta en la fachada, no es su lugar favorito, la gente pasa tan rápido que apenas puede escuchar ráfagas de conversaciones que termina completando él, escribiendo en su mente historias que nadie nunca va a escuchar.

Capítulo 12 Los desiertos son misteriosos, esos horizontes que se dibujan detrás de los médanos, parecen vacíos y pacíficos a simple vista, pero en realidad esconden a fantasmas que repiten los ecos de la muerte y a hombres que aún no nacen, pero cuyo destino está escrito desde hace siglos, sombras del pasado y del futuro que hablan de guerras y amores.

Historias que ya nadie sabe si realmente fueron más que historias tristes o alegres, escritas y contadas para dar esperanzas a los débiles o para horrorizar a los fuertes, leyendas más que historias.

Si, los desiertos estás llenos de leyendas, tanto como están llenos de estrellas.

Una de esas leyendas me despojó de todo.

Una de esas leyendas pulverizó mi cuerpo, y ese polvo se confundió con la arena.

Desde niño escuché de mil formas diferentes la Leyenda de la Rosa del Desierto. En la mayoría de las versiones, la Rosa era blanca, con uno de sus pétalos transparentes, estaba encantada con magia, magia pura que le daba el poder de llenar los 7 desiertos (que alguna vez formaron el Desierto Único) de vegetación y cascadas, que refrescarían para siempre el calor infernal que tortura a todos los hombres y animales de estos países.

Pero había otra versión, una que sólo unos pocos conocían y muchos menos compartían, esa que escuché demasiado tarde, la que cuenta que la Rosa estaba de hecho maldita, era roja como la sangre y sus pétalos delicados eran resguardados por espinas más fuertes

que el hierro. La poderosa flor, condenaba a los hombres que la tocaban a caer sin esperanza en el más obsesivo y destructivo de los amores, el amor eterno a una mujer que realmente no existía, que era un espejismo creado por la sed eterna del Desierto Único.

Como toda leyenda, no puede creerse del todo, los años confunden a las verdades con las mentiras y exageraciones, pero yo llevo 100 años vagando en el desierto, hablando de guerras, amores y tesoros perdidos, durmiendo a través de pesadillas que me guían a la Rosa del Desierto, esa que está enredada en el cabello de la mujer a la que amaré hasta el final de mi vida y hasta el final de mi muerte, la mujer a la que buscaré más allá de mis días en esta tierra, que antes de que me de cuenta, va a terminar de tragarme.

(Cuento basado en la canción "Desert Rose" de Sting)

Capítulo 13 El cura Ezequiel sonrió cuando vio entrar al señor Pedro a la Iglesia. De todas las personas del pueblo, Pedro era su favorito. Era un hombre honesto, agradable de sólo verlo, bonachón y desinteresado, en cualquier cosa, grande o pequeña en que pudiera ayudar, se podía contar con él sin reservas. Era trabajador, y amaba, con todas las fuerzas de su corazón a su hijo Ricardo, que apenas tenía diez años.

Físicamente, Pedro era un hombre alto y fuerte, de tez y ojos oscuros, su cabello era grueso y negro como la noche. Tal vez para quien no lo conociera, podía resultar intimidante, pero el cura Ezequiel sabía que Pedro no era capaz de lastimar ni a una mosca.

- Que tenga buenos días padre, hasta luego, – dijo la señora Micaela – adiós Pedro, dele mis saludos a su hijo. Por cierto, ahora le debe los diez mil bolívares al cura, arréglese con él.

- No le preste atención Pedro –le dijo el cura al oído en un susurro– ya sabes como es.

- Si padre ya lo sé, y de sobra. Vine a confesarme padre. –respondió con su voz fuerte y profunda-

- Claro Pedro, pasa al confesionario.

El cura estaba tranquilo, sabía que no había nada del otro mundo que Pedro pudiera decirle. ¿Qué pecados podría tener un hombre como ese? Un hombre que sólo vive para trabajar para su hijo y ayudar a los demás.

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida. Cuéntame hijo.

Para su sorpresa, Pedro empezó a llorar desesperadamente.

- Por Dios Pedro, ¿qué le pasa?, Por favor cálmese.

Por más que el cura Ezequiel lo intentó, no logró tranquilizar a Pedro, que sólo calmó su llanto después de diez largos minutos. Finalmente comenzó a hablar.

- Padre, si usted supiera, si usted supiera.

- ¿Si supiera qué Pedro? – preguntó el cura , ya bastante alterado.

- Quién soy yo, lo que he hecho en el pasado, no me lo perdonaría jamás.

- Pedro yo no soy quién para juzgarlo, por favor no se angustie, confíe en mí.

- Mi hijo no está bien, me salió enfermizo, y no sé que voy a hacer cuando se me vaya.

- Confíe en Dios, no debe perder las esperanzas...

- No padre, es que no las pierdo, – interrumpió Pedro – pero me atormenta pensar que lo que le pasa a mi hijo es un reflejo del mal que yo he causado, de hecho por eso estoy aquí, porque prometí a Diosito que venía y le confesaba todo a usted, todo padre, de la A la Z, a cambio de que me salvara a mi hijo, a cambio de que no se enferme más.

- Pedro, por favor cálmese para que puedas hablar con tranquilidad.

- Padre, yo no soy el buen hombre que todos creen que soy.

- Pedro no se subestime así. –contestó el cura anonadado- Usted es un hombre trabajador, amable, pacífico, colaborador, honesto, todos tenemos derecho a cometer errores, pero estos errores no borran nuestras buenas acciones.

- Así como nuestras buenas acciones no borran nuestros errores, y padre le aseguro que mil años de buenas acciones no podrían borrar todo el mal que he hecho.

- Cuénteme hijo, con toda confianza.

- Antes de llegar a este pueblo, yo vivía en Colombia padre, y mi vida era bastante movida.

- ¿A qué se refieres Pedro?

- Era un criminal, trabajaba para narcotraficantes en Bogotá.

- ¿Qué hacías exactamente?

- Era un sicario. – Contestó en un susurro ahogado.

El cura Ezequiel oía los sollozos de Pedro, y no creía ni una palabra de lo que escuchaba. – -

- ¿Por qué lo hacía Pedro, por qué? –ahora el cura estaba a punto de llorar también.

- Nací en ese ambiente. Mi padre estaba en el negocio, y una cosa llevó a la otra, y para cuando me di cuenta

había vivido toda mi vida de esa forma. Pero Dios me mandó un ángel para salvarme.

- ¿ Ricardo?

- No padre, la mamá de Ricardo, Mariana. Ella era de aquí, de Venezuela, de la capital. Estaba en Bogotá de vacaciones con Ricardo, que era sólo un bebé de meses.

- Espere un momento Pedro, entonces, ¿Ricardo no es hijo suyo?

- No padre, bueno no de nacimiento, porque en mi corazón es lo más mío que jamás he tenido. Bueno, como le decía, ella estaba de vacaciones en Colombia. ¡Ay padre!, era bellísima, en mi vida había visto tanta belleza junta. La primera vez que la vi caminaba por una plaza cerca del medio día, llevando en un coche azul a Ricardo. Me atreví a acercarme y ella me esperaba con la sonrisa más hermosa que hubiera visto en mi vida. Ese mismo día ya estaba prendado de ella, la amaba como a nada, pero sabía bien que no tenía caso soñar con ella. Yo era un miserable, y ella era demasiado buena para mí. No sé como explicarlo padre... ¿padre, me está oyendo, está ahí?

- Si Pedro, lo escucho atento.

- Bueno, nos hicimos amigos en poco tiempo, y yo perdí el interés en mi trabajo, y en la gente con la que trataba. Deseaba, por sobre todas las cosas, ser una buena persona, para merecerla, aunque fuera un poquito, y para merecer a su bebé, a quién también amaba, por el simple hecho de haber salido de ella. Pero en mi corazón sabía que no era posible, que como

le dije hace un rato, no podía borrar el mal que había hecho durante toda mi vida, pero de todas formas quise hacer el intento, pero todo salió mal, muy mal. Yo renuncié, – ni un momento Pedro había dejado de llorar, pero ahora lo hacía con más desesperación- pero en esos círculos uno no renuncia así nada más. Todos para los que había trabajado me amenazaban día y noche, pero yo no les temía, seguí con mi nueva vida al lado de Mariana y de Ricardo, y para mi sorpresa padre, ella también empezó a quererme, tanto como yo a ella, y decidió que no se iría de Colombia, que se quedaría conmigo. Pero ellos no nos dejaron. Supieron que ella había sido la razón por la que los había dejado, porque el que se suponía era mi mejor amigo se los dijo, y no sólo eso también les dijo dónde encontrarla. Una noche llegué a casa con el bebé, todo estaba revuelto, y ella estaba tirada en el piso, herida–dijo mientras su llanto crecía aún más- me hizo prometer que vendría a Venezuela y cuidaría a Ricardo, y me alejaría de esa gente. Fue tan buena padre, que ni siquiera se molestó conmigo, no me reclamó nada, aunque sabía que todo era mi culpa, nada más dijo que me amaba, y que estaría siempre conmigo.

- ¿Ha vuelto a matar desde que Mariana murió?
- No padre, ni lo he hecho ni lo haré, nunca más.
- ¿Se arrepiente sinceramente de todo el mal que hizo una vez?
- Con toda mi alma padre.
- Entonces vete en paz a cuidar de tu hijo enfermo, que Dios ya te ha perdonado.

- Gracias padre.

- No me agradezca a mí, agradézcale a tus ángeles: a Mariana y a Ricardo. Y no llore más.

Pedro se retiró de la iglesita y el padre se fue afuera a tomar aire, estuvo un rato pensando en la confesión de Pedro, pero de pronto interrumpió sus pensamientos, aquel hombre se había arrepentido, y había cambiado su camino para bien, y si Dios le había perdonado, no había razón para darle vueltas al asunto.

Capítulo 14

La fábrica era un secreto muy bien guardado, un secreto de los oscuros, de los terribles, de los peligrosos.

La fábrica era un plan que había sido dibujado minuciosamente durante décadas, concebido por las mentes de los sospechosos habituales, de las mentes brillantes y egoístas, de los ambiciosos y despiadados. En la ciudad de Buenos Aires, barrio de Belgrano, en la zona residencial, a apenas dos cuadras de una de las avenidas más importantes de la Capital Federal argentina, se levantaba un edificio que en apariencia apenas podía mantenerse sobre sus cimientos.

Los vecinos, amantes de la buena arquitectura, de las veredas adornadas de frondosos árboles y libres de escombros y basura, aguardaban con ansias que algún equipo de demoliciones llegara cualquiera de estas mañanas. No sospechaban, no podían sospechar, lo que realmente sucedía en la fábrica era impensable.

Las paredes exteriores, desechas y enmohecidas, estaban recubiertas por láminas que absorbían los sonidos estruendosos de la maquinaria, de los martillos que golpeaban las enormes tachas de acero sobre las láminas de cobre y hierro, los murmullos de los 150 obreros que trabajaban día y noche, por turnos de 12 horas para culminar la obra en la fecha prevista.

Los salones que daban a ventanas exteriores, permanecían vacíos, de esta forma a través de los vidrios rotos y los marcos oxidados sólo podía verse un espacio mugriento y oscuro, la ilusión de que no pasaba nada era perfecta, en la fábrica 150 hombres

construían el arma que terminaría por destruir todo dentro de una fortaleza cuya única defensa era la invisibilidad.

En las calles la gente reía, se acercaba la navidad y otra falsa alarma del fin mundo se iba apagando, celebraban demasiado pronto, el 21-12 del 2012 aún no se había terminado.

Capítulo 15 Las manos de lo que alguna vez fue mi cuerpo, conocieron a muchas mujeres. Recorrí kilómetros de piel con la punta de mis dedos, estrené labios de todos los colores y grosores, desvestí almas sin contarlas, para luego dejarlas muertas de frío apiladas unas sobre otras.

Aprendí a reconocer todas las fragancias que puede esconder una mujer, pero fueron pocos, muy pocos los ojos que me detuvo a mirar.

Supongo que les temía, dicen mucho, son delatores de la humanidad, del miedo y del amor, invitan a la intimidad, a develar secretos peligrosos, llaman a la compasión y cuando lo único que quieres es placer, la compasión molesta, como moscas volando sobre tu cabeza en medio del calor.

Los hombres como yo no podían conformarse con algunas esposas, un harem en el que concentrar una colección exquisita de hermosas mujeres era símbolo de poder, de riquezas, y yo quería todo lo que pudiera gritar por los desiertos que yo era el único que lo tenía todo.

Pero hay mujeres que no pueden simplemente mezclarse con otras. Joyas más que mujeres, diosas que caminan entre los humanos que nunca conocerán de virtudes ni del verdadero amor. Yo, tan afortunado, tan poderoso, conocí a dos de esas mujeres.

Las voces que escucho llevan siglos sin mencionar ninguno de esos dos nombres.

Una era un ángel y la otra un demonio.

Una traía la paz entre sus manos y la otra la guerra
enredada en su lengua.

Una era vida y la otra eternidad.

A una le di la espalda y a la otra le vendí el alma.

Afortunado yo.

Arrogante yo.

Maldito yo.

(Cuento basado en la canción "Desert Rose" de Sting)

Capítulo 16 El cura regresó a su confesionario, y para su desagrado estaba ahí, esperándolo, con su cara siempre apacible Don Jesús. Era de cabellos castaños y piel muy blanca, y con el frío de las montañas su piel tomaba tonalidades rosadas. La desfachatez brillaba en sus ojos permanentemente, y aún más en su sonrisa.

El cura Ezequiel se sentó en el confesionario sabiendo que lo que iba a escuchar lo iba a sacar de sus casillas.

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida. Dime Jesús.

- Ya ha pasado una semana desde la última vez que vine a confesarme. Padre he pecado, mucho. Lo intenté padre, le juro que lo intenté, pero no puedo dejar a esa mujer.

- Claro que puede Jesús – decía el padre Ezequiel sin hacer ningún intento por disimular el tono de impaciencia y cansancio en su voz- que no quiera es otra cosa bien diferente.

- La amo padre, en serio que la quiero más que a mi vida.

- ¡Jesús, usted me ha visto a mi cara de ¿cómo decirlo? de gafo ¿que la va a estar queriendo? ¿qué la va a estar amando? lo que usted quiere de ella es otra cosa...

- Pero bueno cura – interrumpió Jesús – ¿cómo es la cosa esta de la confesión? ¿Se supone que usted está aquí para escucharme o para reclamarme?

- En realidad para las dos cosas, para escucharlo y para persuadirlo de dejar el camino torcido y bochornoso que ha tomado.

- Ya va padre, páreme eso ahí ¿persu qué?

- PER-SUA-DIR Jesús, quiere decir convencer. Pero olvídalo, que esto no es un clase de castellano, el hecho es que tiene que dejar a esa muchachita que podría ser su hija y ocuparse de su familia, trate de salvar su matrimonio.

- Usted me perdona, yo entiendo que usted es cura y que no sabe de mujeres ni nada de eso, pero tenga aunque sea un poco de sentido común que llaman, mire es que no tiene que tener cuatro dedos de frente, con dos le alcanzan y le sobran, ¿cómo va a pedirme, así tan campante, que yo deje a mi corderita, a mi niña preciosa, que está más buena que comer mango con los dedos, por irme a cuidar a esa vieja loca, gorda, fea que tengo por esposa?

Ya el cura perdía la paciencia, no creía tanta desfachatez, le pidió perdón a Dios por haber deseado por un segundo que Don Jesús desapareciera de la faz de la tierra, y además todos los de su calaña.

- Bueno Jesús, y si no me va a hacer caso en nada de lo que le digo ¿para qué viene usted a confesarse?

- Pues padre para desahogarme ¿o es que usted cree que tener un doble frente es fácil? Le participo que mi vida es muy complicada.

- Me imagino que si Jesús isobre todo tomando en cuenta que no son dos, sino tres los frentes que tiene

usted!

- Ah no padre, tampoco así, no me calumnie, que hace tiempo ya que yo no tengo nada pendiente con la cabra loca de Inés. Ella no cuenta.

- ¡Ah, así es la cosa, ella no cuenta, usted ya no tiene nada pendiente con ella! Y entonces dígame Jesús: ¡iiii¿ Y LOS TRES HIJOS QUE LE PARIÓ QUÉ?!!!!

- Ay padre, baje la voz que lo pueden oír, y deje la angustia, en primer lugar esos tres ya son unos hombres hechos y derechos, y segundo lugar, yo ni siquiera estoy seguro de que esos sean mis hijos de verdad ¿quién sabe con cuantos se habrá acostado la loca esa? Y vino a arrecostarle los hijos al más bolsa que encontró, ósea: YO.

- ¡Qué descarado el suyo! Pero bueno ¿por lo menos ha pensado en la posibilidad de confesarle a tu esposa que tienes otros hijos por ahí? Porque bien sabes que si son sus hijos, y no me diga que no.

- Padre, usted tiene que haberse vuelto loco ¿qué voy a estar confesando nada yo a mi esposa? Ni que ella fuera cura como usted. Por mí que se entere cuando los muchachos esos que y que son hijos míos, vayan a velarme en mi funeral, ósea cuando yo esté bien lejos de aquí y no tenga que calarme el chaparrón de esas dos viejas locas. Aunque pensándolo bien, cuando se agarren de las greñas por mí, va a ser un buen espectáculo. Bueno lo veré desde el cielo.- dijo conteniendo las carcajadas-

- ¡iiii¿Qué cielo ni qué cielo?!!! La verdad no entiendo cómo no se le cae la cara de vergüenza.

- Padre ¿usted cree en la reencarnación?

- Por supuesto que no, – contestó indignado – creo en la resurrección de los muertos ¿pero eso que tiene que ver con lo que estamos hablando?

- Tiene todo que ver. Fíjese, si no existe la reencarnación, eso quiere decir que uno vive una sola vez, ¿cierto?

- Si Jesús –contestó Ezequiel, conteniendo las ganas que tenía de salir del confesionario, olvidar que era cura y caerle a golpes al atorrante de Don Jesús.

- Bueno, entonces si hay una sola vida, hay que aprovecharla ¿y qué mejor manera que gozar la vida que con mujeres? Claro que usted no entiende eso, y me va a disculpar que se lo diga, pero usted está botando su vida por un caño. A menos que sea usted "rarito" y por eso se haya metido a cura.

- Va a rezar un rosario en la mañana, – dijo el cura ya harto de oír tanto disparate junto- apenas te levantes, y 20 padres nuestros, y 30 aves marías, y después dos rosarios más antes de acostarte en la noche, por dos meses, y vete en paz.

- Pero padre, es que yo no he terminado de contarle lo que vine a deci...

- ¡Qué te vayas en paz dije!

- Está bien padre, tampoco es pa' que se altere así, ya me voy, ya me voy.

"Dios –rezaba el cura mientras oía claro los pasos de

Don Jesús alejarse – tú me vas a perdonar, pero un día de estos, no me voy a contener y le voy a partir la cabeza en dos a ese viejo baboso”

Capítulo 17 Tuvo un rato de paz y tranquilidad el cura Ezequiel, porque la que llegó a confesarse fue la señora Josefa. Esa señora si que era un pan de Dios. Siempre que venía a confesarse le alegraba el día al cura Ezequiel. En primer lugar siempre le traía unas galletas caseras deliciosas, y además escuchar lo que ella creía eran pecados siempre hacían sonreír al cura. Pero en el fondo, al cura le daba mucha pena a veces, porque Josefa si pecaba, pero de ingenua, sobretodo cuando se trataba de su hija Anita.

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida. ¡Hola Josefa! ¿Qué me cuentas?

- Padre, no se ponga bravo conmigo – dijo apenadísima- porque hoy no le traje las galletitas, es que la fiesta de Navidad me tiene loca, y no me dio tiempo.

- No te preocupes, será el próximo jueves.

- Bueno padre, ha pasado una semana desde mi última confesión y yo quería confesarme porque hice algo bien malo.

- Dígame hija ¿qué pasó?

- Es que ayer, la señora Micaela me dijo que la comida no me estaba quedando bien, que ella ha debido hacerlo porque yo no había entendido lo que ella me había mandado a hacer, y bueno me dijo otras cosas más que me molestaron, y bueno padre, me da pena decirlo, pero tuve malos pensamientos.

- ¿Cómo es eso Josefita?

- Que yo estaba haciendo el guiso de las hallacas mientras ella me hablaba, y el guiso estaba hirviendo, y me imagine a mi misma tirándole todo encima. Pero no lo hice, de verdad, le juro que no, nunca hubiera sido capaz.

El cura Ezequiel sonreía, porque le hubiera gustado que Doña Josefa de verdad le hubiera lanzado el guiso a la impertinente Micaela. Sabía que era inútil decirle a la señora Josefa que no había cometido pecado alguno, porque ella insistiría que si era pecado haberse imaginado lo que se imaginó, así que le dijo:

- Reza un Ave María y vete en paz.

- ¿Tan poquito padre? ¿Está seguro?

- Si, vete en paz hija que Dios ya te perdonó.

- Ay padre, se me olvidaba, me haría el favor de echar un rezadita por mi Anita, no por nada malo, nada más para que siga siendo tan buena muchacha, ya sabe para que no se me descarrile.

- Así lo haré, no se preocupe.

Capítulo 18 El cura sabía que su tranquilidad no duraría mucho. Cuando despedía a la señora Josefa vio cómo Anita y Roberto entraban a la iglesia.

Anita era una chica que en apariencia era mucho más joven de lo que era en realidad, aunque tenía 18 años, parecía de 14. Su cabello era negro azabache, igual que sus ojos, y su tez era blanquísima. Roberto era alto y buenmozo, tenía 18 años también, y su cara siempre tenía una expresión de intranquilidad. Anita y Roberto tenían años de novios, y era casi imposible ver al uno sin el otro.

Después de saludar a su mamá, la señora Josefa, con el típico beso en la mejilla, Anita fue la primera en entrar al confesionario.

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida. Cuéntame hija ¿por qué has venido?

- Padre, usted sabe que Roberto y yo somos novios de toda la vida, y que siempre estamos juntos, y bueno yo creo que usted sabe por dónde viene la cosa.

- No, la verdad es que no lo sé, por qué no eres un poco más clara.

- Ay bueno padre, es que es obvio, usted como que es medio lento.

- Respeta Anita, que yo no estoy aquí para que me estén insultando. – Respondió molesto.

- Ay bueno ya, disculpe, lo que le vine a decir es que creo que Roberto me montó una barriga.

El cura Ezequiel se frotó los ojos con ambas manos, como si así pudiera aclarar sus pensamientos. Lo primero que le vino a la mente es que la señora Micaela iba a divertirse mucho a costillas de Anita cuando se enterara y que a la señora Josefa se le iba a partir el corazón en dos. Finalmente le dijo a Anita.

- ¿Cómo es eso que “crees” que te montó un barriga? ¿Estás o no estás embarazada?

- Ah no padre, de que estoy preñada, estoy preñada, de eso no hay duda.

- Entonces ¿por qué dices que "crees"?

- Bueno, porque no sé si fue Roberto el que me la montó, o si fue Don Jesús, o si fue Carlos, el del pueblo de al lado, o si fue...

- Ya no sigas, por favor, no digas más nada Anita, te lo ruego, no sigas. Vas a rezar... ya va déjame pensar... rezaaa... – el cura se frotaba la cabeza con ambas manos – ¡ay chica reza lo que té de la gana y vete en paz!.

- Pero padre yo no vine para acá para que me mandara a rezar, ni que rezar me fuera a sacar a mí del paquete en que me metieron esos hombres. Yo vine para que me aconsejara qué hacer. Yo estaba pensando encasquetárselo a Don Jesús, que es el que tiene más plata, pero es que a mí el que me gusta es Carlos, el del pueblo de al lado, en fin, la pregunta es, ¿le hago caso a mi corazón o a mi bolsillo? Padre le suplico que me ayude.

Anita hablaba con tanta tranquilidad, como si estuviera diciendo que iba a ir a la tienda y no sabía si comprarse un chocolate amargo o chocolate blanco, mientras el cura tenía ganas de llorar, pero de lo agotado que estaba, odiaba los jueves de confesión, pero este, este había sido el peor de toda su vida, ya no podía más. Respiró profundo, pero no le sirvió de nada, así que se puso cursi:

- Sigue a tu corazón. –dijo por decir cualquier cosa para que esa niña se largara de una vez.

- Yo sabía que me iba a decir eso padre, pero si se pone a pensar, eso del corazón es poco práctico, ósea, que uno no come de eso, así que yo mejor se lo encasqueto a Jesús, y san se acabó. Chao padre, gracias.

Capítulo 19 Llorar sin hacer ruido es un arte que ella dominaba con exquisita destreza, no conocía otra manera de hacerlo más que en estricto secreto, nadie tenía por qué enterarse de que ella no era lo que todos creían, no se trataba de mentir, sino de vivir en silencio y darle al mundo la libertad creativa para llegar a sus propias conclusiones, mientras ella sentía lo que necesitaba sentir.

En cambio, cuando reía lo hacía descaradamente, tal vez para convencerse de que sus penas no eran tan importantes o quizás porque los entrometidos no suelen hacer preguntas incómodas cuando uno está ocupado riéndose a carcajadas.

Pero el silencio también grita, por eso creía que cuando lloraba sin que nadie la escuchara, los vidrios y espejos se rompían desde adentro igual que ella.

Sí, llorar sin hacer ruido es un arte y ella lo dominaba perfectamente y mientras menos ruido hacía más fuertes eran los gritos, muchas veces pensó que no era que ella lograba llorar callada, sino que el mundo entero tenía oídos defectuosos.

Capítulo 20 Nada es lo que parece, la mujer de belleza exquisita es una rosa maldita, la mujer común, de paso ligero y silencioso es un ángel y el hombre poderoso es esclavo de sus propios deseos.

He visto cientos de oasis, usando mis últimas fuerzas he corrido hacia muchos de ellos en busca de agua fresca y comida, para encontrarme arrodillado con las manos enterradas en la arena, me las he llevado a la boca convencido de tenerlas llenas de agua dulce y transparente.

En los momentos de mayor desesperación y soledad, la he visto danzar entre las llamas de un fuego azul, que no puede quemar, que en vez de destruirla la nutre y la hace crecer, que enciende sus ojos negros y los hace hablar, que me cuentan todo lo que pude tener y todo lo que pude ser.

La he visto a ella, tratando de salvarme, con sus ojos tristes y callados, con su sonrisa sigilosa.

Del desierto no debes temer al calor, ni la posibilidad de perderte para siempre, teme a los espejismos, ellos son los que realmente puede dañarte el alma, esas imágenes perfectas que los fantasmas del pasado y del futuro trazan en el aire para engañarte, para hacerte creer que hay esperanza, que tienes compañía, que tus deseos te esperan.

Crear te esclaviza, te lo dice un fantasma que apostó su alma a que el fuego no podría quemarle la piel.

Este desierto es como la vida, una serie de trampas mortales que sortear, no creas en nada, tener esperanza sólo te hará más débil, hagas lo que

hagas, una de esas trampas va a funcionar.

(Cuento basado en la canción "Desert Rose" de Sting)

Capítulo 21 Enseguida entró Roberto.

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida. – Dijo el cura entre dientes. –
Cuéntame. – Dijo aguantando el terrible dolor de
cabeza que tenía.

- Ha pasado una semana desde mi última confesión.
Padre estoy confundido.

- Roberto, este ha sido un largo día ¿por qué no me
dices algo nuevo, algo que yo no sepa?

- Padre es que ahora es peor que nunca. Anita podría
estar esperando un hijo mío, claro que va a estar bien
difícil estar seguros, porque yo creo que usted ya sabe
que ella es una...

- Si ya sé, ya sé.

- Bueno, pero es que... es que...

- ¡Ay ya habla! –gritó casi inconscientemente.

- Es que ya pasó lo que tenía que pasar con Carlos, el
del pueblo de al lado.

El cura respiró hondo una vez más y se secó el sudor
que empezaba a correr por su frente.

- Ya llevamos tiempo dándole vueltas a este asunto, así
que ya es hora de ahorrarnos tiempo a los dos. –dijo
perdiendo la paciencia del todo -. Hijo tú eres
homosexual, ya deja de decir que estás confundido, por
que tú está más claro que yo, asume lo que eres y vete
en paz que me duele mucho la cabeza.

- Padre, pero la Iglesia está en contra de eso, y mi papá me va a matar.
- Puede ser que a la Iglesia no le parezca, pero la gente igualito lo hace, así que no te angusties más y vive tu vida como creas que vas a ser feliz, y el señor Jesús que se aguante.
- Tiene razón, toda la razón, voy a hacer lo que me dice. ¡Usted si es chévere!

Ezequiel no pudo evitar sentir que se quitaba un gran peso de encima cuando oyó que Roberto salía de la iglesia cantando de felicidad. Años había estado Roberto debatiéndose entre lo que era y lo que se esperaba de él, sobretodo teniendo como padre al señor Jesús, el ejemplo más representativo del macho vernáculo latinoamericano, por eso se había hecho novio de Anita a pesar de saber de sobra que era una... en fin, aunque a la Iglesia no le gustaba eso de la homosexualidad, el cura Ezequiel no se sentía culpable por lo que había hecho, algo le decía que era lo correcto.

Capítulo 22Hola a todos!

Les escribo porque finalmente he publicado en este portal mi obra.

Prefiero no contarles de qué se trata sino dejarles un pedacito, si quieren leer el resto les dejo el link <http://megustaescribir.com/obra/50f9a58c8cca9>

"Capítulo I Post Apocalipsis

¿Me creerías si te digo que no sé mi nombre?

Toda historia comienza como una pregunta, y va tomando forma de palabras que se escapan de lugares remotos, van uniéndose casi al azar, escribiendo una respuesta larga y borrosa en la que no puedes confiar.

O tal vez soy yo quien ya no puede confiar en nada.

No quiero influenciar la capacidad que tienes de creer. Cualquier persona debería poder creer, pero yo no soy una persona.

Toda historia comienza como una pregunta.

La mía comienza con esta:

¿Me creerías si te digo que no sé mi nombre?

Es la única verdad que conozco, es lo único de lo que estoy segura, he perdido mi nombre y buscándolo, involuntariamente he encontrado muchas otras cosas, letras, palabras, lugares, recuerdos, pedazos que han empezado a materializarme de nuevo. Lentamente, lo poco que quedaba de mí los atrae, como un imán al polvo de hierro.

Tal vez yo no he encontrado nada, y son los pedazos los que me han encontrado a mí.

Pero hay mucho más de lo que permanece perdido que de lo que ha sido encontrado.

Antes de empezar a contar, o a explicar más que a contar, debo advertir que no encontrarán en mis palabras orden ni coherencia, mis pensamientos son sólo recuerdos tergiversados, tal vez alguna fantasía del futuro, hay grandes posibilidades de que nada de esto me pertenezca aunque yo crea que sí. No puedo asegurar que lo que creo que sucedió realmente haya sucedido."

Capítulo 23 **Capítulo II**

Un Castigo

Después de mi nombre, lo segundo que me pregunté fue ¿En dónde estoy?

Eso tampoco lo sé, tengo mis sospechas, pero son sólo eso, sospechas.

Lo único seguro es que aquí casi siempre hace mucho frío.

Floto en un limbo, me parezco mucho a una partícula sub atómica, que está sólo si nadie la puede ver, sobreviviente de una explosión que dejó un minúsculo mundo post apocalíptico, lleno de aire vacío, lleno de espacios negros, de tiempos que se cruzan sin empezar o terminar nunca. Un lugar al que no se le puede llamar mundo, pero que por pequeño que sea con respecto a la realidad, es mi infinito, así como la pecera es al pez.

Estoy en un lugar que no existe, o que si existe está rompiendo todas las reglas que rigen a todas las cosas que son algo.

Yo sólo puedo suponer que no existo.

Lo extraño, es que alguien que no exista pueda tener recuerdos, porque aunque no esté segura del orden cronológico de los acontecimientos, ni de la exactitud de las imágenes a las que me aferro, yo recuerdo cosas, me acuerdo de mí y me acuerdo de él.

Les dejo otro pedacito de mi obra, que pueden
encontrar completa
aquí <http://megustaescribir.com/obra/50f9a58c8cca9>

Gracias por leer!

Capítulo 24
Luego de unos minutos, el cura Ezequiel, escuchó y sintió que alguien más se sentaba en el confesionario, y aún sin haberla escuchado ni haberla visto, supo que era Lourdes.

- Ave María Purísima.

- Sin pecado concebida. A ver hija ¿qué deseas decirme?

- Tantas y tantas cosas Ezequiel, que no tengo idea de cómo empezar.

Lourdes era una joven hermosa. Más blanca que la leche, con el cabello castaño oscuro, ojos verdes grandes y transparentes, inteligente y audaz, apasionada y sola. Su caminar era ligero como el de una pluma, y su voz era apenas un susurro. Ezequiel la conocía bien. Habían crecido juntos en el pueblo, sólo se habían separado cuando él partió al seminario a Caracas.

- ¿Puedo pedirte un favor? –Dijo ella.

- ¡Qué pregunta más absurda!, Por supuesto que si, pide lo que quieras hija.

- Deja la estupidez de estarme llamando hija, que no te lo crees ni tú mismo.

- Lourdes no me hables de esa manera, respétame.

- No seas necio ¿qué te voy a estar respetando yo a ti? Escúchame.

- Te estoy escuchando desde hace rato Lourdes,

desafortunadamente.

- ¿Ves? Ahora si me estás hablando como debes, – dijo riendo levemente de satisfacción- como siempre lo has hecho.

- Ay bueno ya malcriada, termina de decir lo que viniste a decir.

- Me voy para Caracas, bueno eso creo.

Ezequiel sintió una punzada en el corazón.

- ¿Cómo que eso crees? ¿Te vas o no te vas?

- Eso depende de ti.

- Lourdes no empieces.

- Demasiado tarde para eso Ezequiel, hace años que empecé. Si me pides que me vaya, me iré, y nunca más volveré a molestarte, pero si quieres que me quede lo haré, aunque sea para verte y quererte de lejitos.

- Lourdes ipor favori

- ¿Por favor qué?

- No me hagas hablar que bien que lo sabes.

- Si lo sé bien, demasiado bien, no te entiendo, yo sé que tú me quieres.

- Por supuesto que te quiero, pero no como tú quieres.

- No te imaginas lo difícil que es quererte sabiendo que nunca, nunca te voy a tener, es que ya ni me molesto en llorar, por que sería en vano.

- Yo nunca quise herirte.

- Yo sé que no, pero igual lo haces Ezequiel, es por eso que pensé en irme, tal vez sea lo mejor para mí y para nuestro hijo.

- ¿Cómo está él?

- Bellísimo, ayer mi tía me mandó una foto de él, se parece a ti muchísimo. ¿Quieres que te de la foto para que la guardes?

- Si, pásamela por la ventanilla.

Así lo hizo Lourdes, le pasó la foto por la redijita y él la tomó y la apretó contra su pecho. Lágrimas brotaron de sus ojos, era cierto que se parecía mucho a él. Lo amaba tanto, más que a sí mismo, aunque nunca lo hubiera visto en persona, a veces pensaba que lo amaba más que a su Dios, su hijo era lo único que lo había hecho dudar de su vocación, pero Lourdes no quiso forzarlo a estar con ella sólo por obligación, bien sabía ella que Ezequiel no la amaba, y que para él lo que una vez había pasado entre ellos había sido un error. Por eso Lourdes mandó al niño con su tía, para que Ezequiel pudiera estar en paz consigo mismo.

- Tráemelo por favor Lourdes, quiero verlo

- Un día de estos. Entonces ¿qué me dices?, ¿Me voy o me quedo?

- A nuestro hijo le haces falta, una madre siempre hace falta.

Sin decir nada más, con los ojos verdes llenos de llanto y dolor, Lourdes se levantó del confesionario sin decir una palabra y salió de la iglesita hacia su casa para recoger sus pocas pertenencias para salir para Caracas esa misma noche.

El cura Ezequiel se quedó llorando en el confesionario, extrañándola antes de lo esperado y preguntándose si de verdad quería dejarla ir. Se preguntó si no le había hecho falta antes por que siempre estaba ahí, se preguntaba porque dolía tanto que se fuera, si según él nunca la había amado realmente.

Capítulo 25 No hay nadie que escuche mi voz, no hay nadie que pueda verme, pero cuando era un hombre el mundo estaba a mis pies, como el heredero de riquezas y tierras que se extendían por todos los desiertos, mi influencia sobre esas naciones era enorme, y con ese poder también venían enormes responsabilidades.

Mi vida debía ser perfecta y para lograr esa perfección, además de oro, palacios, camellos, fuerza y sirvientes, un hombre respetable debía tener una familia. Cuando tuve la edad adecuada, mi padre me acompañó a emprender un viaje largo en busca, no de cualquier esposa, sino la primera, la que caminaría de mi mano por ciudades y naciones, la que me enaltecería delante de reyes, príncipes y enemigos, la que procrearía a mi descendencia, los futuros dueños de todo lo que mis ancestros habían construido.

Mi padre tenía en mente a varias candidatas, hijas de hombres influyentes en los 7 Desiertos, algunos eran viejos aliados, otros enemigos latentes a los que era necesario mantener cerca y neutralizar.

La búsqueda no generaba en mí emoción alguna. Era un deber, como tantos otros. Cualquier mujer me daba igual. Cuando eres dueño del más exquisito harem, una mujer más o una menos no cambia nada.

Muchos días, muchas noches pasamos visitando a las candidatas, sus familias las preparaban con sus mejores ropas y joyas, las hacían bailar frente a mí, servirme manjares, tenían prohibido hablar en mi presencia, a menos que yo así se los ordenara.

Yo no prestaba atención, suponía que era mi padre quien tomaría la decisión final.

Finalmente, cuando ya mi paciencia se agotaba llegamos a una lejana ciudad a la que no viajaba desde niño, visitamos a un viejo amigo de mi padre, alguien en quien confiaba y respetaba como un hombre de honor.

Mientras mi padre y su amigo se saludaban, ella salió al jardín. Vestida de azul, ligera al caminar, la piel dorada y los ojos negros como la noche, dulces como la miel, a pesar de su oscuridad, no guardaban secreto alguno.

Yo que había visto y tocado a tantas mujeres que ya nada me parecía nuevo o interesante, pero desde que la ví, parada junto a la puerta, con la mirada puesta en mí, supe que no era una mujer común, no pude señalar lo que la separaba del resto de nosotros, ni siquiera ahora, que la muerte me ha dejado ver tantas cosas que permanecen invisibles a los ojos de los hombres, sólo sé que todo lo bueno del mundo existía en sus ojos, los mismos ojos que yo terminaría matando a pedido de la Rosa del Desierto.

Capítulo 26Memorias de un Imposible
Novella
Extensión: 61 páginas

Un personaje de ficción mantiene una relación amorosa con su autor. Luego de descubrir que fue creada como la copia de alguien real, se revela ante los deseos de su creador, causando el fin del mundo que había sido inventado para ella. Cuenta su historia desde el limbo en donde los personajes de ficción están antes de existir, a donde está confinada al olvido.

Los invito a leer la historia completa
aquí <http://megustaescribir.com/obra/50f9a58c8cca9>

Capítulo 27 Le tomó unos minutos a Ezequiel salir del confesionario. Cuando lo hizo, se dirigió al altar con un andar impetuoso y se dejó caer de rodillas, y rezó en voz alta y entre lágrimas.

- Ayúdame Señor, a que este día se acabe pronto, ayúdame a no dudar de mí, ni de ti, de lo que he hecho de mi vida, ayúdame a entender a esta gente, ayúdame a amarla a pesar de todo, ayúdame a ser paciente, pero sobre todo, por favor te pido que este día termine, que no venga nadie más a confesarse, perdóname Dios, sé bien que es mi deber, pero no quiero oírlos más, no más.

- Ay padre, ¿por qué tanta desesperación?

No podía el cura Ezequiel borrar el bochorno de su rostro, sabía bien quien le hablaba, y el terrible espectáculo que estaba dando. Trató de secarse las lágrimas sin éxito y se volteó pensando en como iba a arreglar el desastre que había hecho por sucumbir a sus sentimientos de hombre.

- Ricardo, ¿qué haces aquí?, No deberías estar levantado, has estado muy enfermo, tienes que descansar.

- Ya me siento bien padre, sólo vine a darle gracias a Dios por haberme aliviado, además no me cambie la conversación ¿qué le pasa? ¿Está triste porque se va Lourdes? Venga padre, vamos al río a tomar un poco de aire que le hace falta, vamos a hablar, que si usted está harto de escuchar los problemas de los demás, entonces deje que yo lo escuche a usted.

El cura sonrió enternecido por las buenas intenciones

del hijo de Pedro, ahora entendía por qué Pedro lo amaba tanto, era en realidad un ángel. No tuvo más remedio que seguir al niño rubio que lo llevaba de la mano hacia el río.

Era apenas medio día, ya no había niebla, y el sol brillaba fuertemente. Ezequiel se sentó en una roca grande, mientras Ricardo se quedó parado, lanzando al río unas piedritas que había recogido en el caminito.

- Ricardo, aprecio tus intenciones, pero no crees que eres muy joven para estar escuchando los problemas de los adultos.

- No en realidad no lo veo de esa forma padre. Más bien me parece que yo puedo ver esos problemas mucho más simples que usted, y tal vez así pueda darle una solución que usted no ve por estar más enrollado de la cuenta.

- ¿Sabes que lo que te diga no puedes repetirlo a nadie?

- Si padre lo sé. Por el secreto de confesión.

- Exacto.

Ezequiel respiró profundo, y por primera vez dijo en voz alta lo que pensaba cada día de confesión.

- Es que a veces no me gusta confesar a la gente. Ellos tienen problemas y vienen a mí pensando que puedo solucionarlos, pero no puedo, es más la mitad de las veces ni siquiera los entiendo. Además yo no tengo derecho a juzgarlos, ni mucho menos tengo la potestad de perdonarlos en nombre de Dios, aunque yo sea un

sacerdote.

- Claro padre, porque seguro que usted se siente que tan pecador como ellos.

Ezequiel no ocultó la sorpresa en su cara al ver la sabiduría escondida del niño.

- Exactamente Ricardo, – contestó sin poder levantar la mirada- eso es lo que creo. Que esa gente me ve como si yo fuera digno y perfecto, libre de pecados y errores, no ven que soy uno más de ellos, simplemente uno más.

- Tal vez no se dan cuenta porque usted no se los demuestra, porque usted no les deja ver quién es en realidad, tal vez padre, en el fondo, a usted le gusta que lo crean perfecto.

Ezequiel sintió como una brisa fría en su interior que no pudo comprender, pero de pronto sintió la necesidad de seguir hablando con Ricardo, porque ese niño, extrañamente tenía el don de escuchar que a él le faltaba, y lo entendía como nadie lo había hecho nunca.

- Siempre quise ser cura, estaba seguro de eso, pero a veces no puedo evitar pensar que esto no es para mí.

- Y ¿qué es lo que lo hace pensar así?

Ezequiel guardó silencio, no estaba seguro de que era correcto decirle a Ricardo lo que quería decirle. El niño dejó las piedritas y se acercó al padre.

- Yo sé que no es fácil estar contando las cosas de uno a cualquiera, pero yo no lo voy a traicionar, se lo prometo.

Ezequiel no pudo evitarlo, vio directamente a los ojos azules de Ricardo, y sintió el incontrollable impulso de decirlo absolutamente todo.

- Lo que pasa Ricardo es que yo tengo un hijo, pero nunca he estado con él.

- Vaya a buscarlo entonces. Dijo el niño, sin la más mínima sombra de reproche en sus ojos o su voz.

- No es tan simple. – Dijo mientras lágrimas mínimas corrían por sus ojos oscuros.

- ¿Por qué no? ¿Dónde está?

- En Caracas.

- No entiendo la complicación, si Lourdes se va esta noche para allá en un autobús no puede ser tan difícil ¿por qué no aprovecha y se va con ella?

Ezequiel pensó que la inocencia de Ricardo era infinita, no tenía idea de la connotación de lo que acababa de decir. Irse con ella, ese era el problema, que no podía irse con ella, aunque quisiera no podía. El ya había escogido su vida, y Lourdes no cabía en ella.

- No diga que no puede, que lo único que lo detiene es usted mismo. Yo creo que si tiene dudas de lo que es, y obviamente las tiene, sino no se hubiera puesto en mitad de la iglesia a pegar gritos como un loco, y me disculpa tanta sinceridad. Bueno – retomó el hilo Ricardo, tomando un poco de aire para poder seguir hablando – el hecho es que debería preguntarse lo que podría ser, si no le gusta su vida, trate de ver que otra

vida podría estar viviendo ahora en vez de estar hablando de sus problemas existenciales con un niño de 10 años.

- Hijo, te crees más inteligente de la cuenta, mejor vete a tu casa a descansar. –Le contestó Ezequiel un poco turbado.

- Está bien, pero sólo le voy a dejar unas sabias palabras que oí una vez por ahí para que piense: “el que se pica es por que ají come”- y riéndose a carcajadas, Ricardo dejó al padre solo en el río. Y ahí se quedó un buen rato, dejando a más de uno esperando por la confesión, y es que el cura estaba muy ocupado, ocupándose de sus propios asuntos.

Capítulo 28 Así nos vemos antes de existir, como círculos de luces de colores, opacas, frías, que van flotando sobre la nada, esperando una explosión cerebral que nos de vida, voz, pasión, aire, una fecha de cumpleaños, una ciudad, una familia, deseos, miedos, música, una misión, una razón de ser.

Así nos vemos antes de convertirnos en ficción.

Capítulo 29

Capítulo 30 Llegó la noche, y todos salían de sus casas, con sus mejores ropas, dispuestos a pasar una noche un poco diferente al resto de las noches, que eran siempre muy parecidas las unas a las otras.

El pueblo se llenó de luces, de olor a comida, de música, de voces y bailes, de vestidos y chistes, de licor y de intranquilidad. Y mientras eso ocurría, Lourdes se montaba en su autobús rumbo a Caracas, con la maleta llena de ropa, la cabeza llena de recuerdos, el corazón lleno de dolor, y los ojos llenos de lágrimas, dándose por vencida de una vez, convenciéndose que hacía lo correcto, que su hijo necesitaba más que sus visitas dos veces al mes, y que si ella se verdad se esforzaba, a su hijo no le haría tanta falta un padre, y prometiéndose que no volvería a enamorarse, que no valía la pena.

Mientras el autobús partía a Caracas, y en el pueblo se celebraba por todo lo alto, Ezequiel dejaba de ser cura. De rodillas ante el altar, entre lágrimas, rezaba como nunca lo había hecho antes, es decir, con la más absoluta verdad por delante. Le decía a su amado Dios que lo perdonara por haberle mentado, por haberle mentado a Lourdes, por haberse mentado a sí mismo, le explicaba que no lo había hecho adrede, que simplemente se había confundido, que ya no sucedería nunca más porque bien sabía que estaba claro en la vida que quería, una vida al lado de su hijo, al lado de Lourdes. Le pedía de corazón a Dios que no se molestara con él, que su decisión no quería decir que iba a alejarse de Él, le prometió que eso jamás pasaría.

Todos seguían bailando y chismeando, y el autobús seguía su rumbo, Ezequiel tomaba su maleta y salía de

la iglesia escondido en la noche, no porque tuviera vergüenza de lo que hacía, era simplemente que no quería dar explicaciones a nadie, no sentía que debía hacerlo.

Lourdes llevaba ya cuatro horas de camino y dormía profundamente, Ezequiel tomaba otro autobús para seguirla, para descubrir cómo sería vivir siendo otro diferente al que siempre había sido, disfrutando de la sensación que le daba hacer lo que realmente quería, ser valiente y sobretodo, ser libre.

Meses después, mientras Lourdes y Ezequiel se casaban en una iglesia inmensa en Caracas, en el pueblo todos se divertían divagando sobre la extraña desaparición del cura Ezequiel. Unos decían que había sido secuestrado por la guerrilla, otros decían que alguien, alguno de los habitantes del pueblo lo había matado y enterrado al lado del río, tal vez porque le había confesado algún oscuro secreto y el cura lo había amenazado con hacerlo de conocimiento público, otros decían que se lo había llevado las ánimas del purgatorio, y así cada quién construía una hipótesis diferente, una más absurda e incoherente que la anterior. En muchos años nadie logró adivinar lo que en realidad había sucedido, y el único que en realidad sabía, que siempre lo había sabido, era Ricardo, que manteniendo su promesa, jamás dijo nada.

Unos 13 años más tarde, mientras, Ezequiel y Lourdes, aún felices, preparaban todo para la celebración de su aniversario, y en el pueblo vivía otra gente, totalmente diferente a la de antes, (o tal vez no tanto, al menos en esencia), Ricardo se ponía su sotana, y caminaba hacia el confesionario, listo y dispuesto a escuchar atento los

secretos y episodios que únicamente salían a flote en la seguridad y el resguardo que brindaba el confesionario.

Capítulo 31

Yo siempre lo llamé por su nombre, y por todos los apodos cariñosos que inventé para él, apodos cursis y ridículos que sólo servían para hacerlo sonreír cual niño mimado, pero ahora sé que muchos como yo llaman a la gente como él "creadores" y cuando hablan de ellos lo hacen con una adoración desmedida y poco natural.

Ahora que todo acabó y que es demasiado tarde, sé que para la mayoría de nosotros los "creadores" son entes todopoderosos, omnipresentes, inalcanzables, incompresibles, pero sobre todas las cosas absolutamente incuestionables.

Eventualmente supe que los creadores en el mundo real son llamados escritores, todo lo que ocurre en sus cabezas lo vacían en forma de palabras sobre páginas de papel, no sin antes hacer un duro trabajo de depuración y decoración de personajes, escenarios, historias, cosas y circunstancias extraordinarias que no existen en realidad, como la magia, las reencarnaciones, los súper poderes y el amor.

Algunos de ellos logran copiar sus historias millones de veces para repartirlas alrededor del mundo a cambio de unas monedas.

Me pregunto si yo estoy escrita en hojas de papel, metida en algún cajón de un escritorio, si hay cientos, miles o millones de personas que me tienen atrapada entre tapas de cartón, puesta en alguna biblioteca o mesa de noche, si alguno de ellos llora y ríe mientras nos lee o si todo sucedió sólo dentro de su cabeza, si todo aquello fue sólo entre él y yo.

Para la mayoría de nosotros los "creadores" son entes todopoderosos, omnipresentes, inalcanzables, incompresibles, absolutamente incuestionables pero no para mí, yo lo toqué millones de veces, lo besé, le hablé despacito y le grité, me senté en sus piernas, le enjaboné la espalda, lo empujé a la piscina, lo obligué a quererme, lo obligué a detestarme, lo insulté, lo dejé y lo tomé de nuevo, yo tenía permiso de hacer lo que me diera la gana con él.

Casi puedo escucharlo diciéndose a sí mismo: "Quiero hacer esto como nadie nunca se ha atrevido a hacerlo antes."

Se aseguró de que para mí él no fuera un creador, ni un dios, sino un hombre, tan imperfecto como cualquier hombre puede ser, por voluntad propia se hizo vulnerable y accesible a mis caprichos y desvaríos, a mis delirios de grandeza, él era simplemente, el hombre al que yo amaba.

Otros personajes pueden creer que soy muy afortunada, pero mentiría si dijera que ahora, después de todo lo ocurrido, opino lo mismo.

Todopoderosos.

Omnipresentes,

Inalcanzables.

Incompresibles.

Incuestionables.

Pero yo lo comprendí demasiado tarde...

Les dejo otro pedacito de mi obra, que pueden encontrar completa aquí <http://megustaescribir.com/obra/50f9a58c8cca9>

¡Gracias por leer!

Capítulo 32"Si hay tal cosa como un infierno para personajes de ficción, debe parecerse mucho a esto, a ser una persona de mentira con emociones de verdad."

De esto se trata mi novella, si quieres leerla haz click aquí <http://megustaescribir.com/obra/50f9a58c8cca9>

Para mi sorpresa tiene muy buenos comentarios y me encantaría saber tu opinión.

Capítulo 33 Para mí él no era todopoderoso, ni omnipresente, ni inalcanzable, ni incomprensible, mucho menos incuestionable, pero yo estaba equivocada, pero sólo porque él necesitaba que yo estuviera equivocada.

?Para que todo funcionara yo no debía saber que sus decisiones estaban escritas sobre piedras.

?Para que mi existencia tuviera sentido y propósito, él creó la ilusión de que yo podía hacer lo que quisiera hacer, que el mundo en que vivía era mío cuando en realidad era de él.

?Para que su creación sirviera de algo, yo debía creer, sin reservas, que era libre, que mi vida era independiente de la suya y que yo estaba con él sólo porque yo así lo había decidido.

Pasa con más frecuencia de lo que se cree, que las mentiras de tanto parecerse a la verdad, eventualmente terminen convirtiéndose en algo muy parecido a la realidad y ése es el origen de todos nuestros dolores, de todas nuestras tristezas.

Inexorablemente, mi libertad se rebeló ante él y mi falta de respeto fue el resultado de haberlo humanizado a tal punto que lo que yo quería fue más importante que lo que él quería, y no existe en el universo una mayor forma de insolencia que pretender que lo quiere un personaje es más grande que lo que quiere un creador.

Yo debía ser fuerte, independiente y arisca, sólo así podría vivir en el mundo que él necesitaba crear para compartir conmigo.

En el fondo, muy en el fondo yo siempre supe que no era real, pero es que no sabía que las cosas podían ser diferentes, creí que todo funcionaba así, gente de verdad y gente de mentira encontrándose en lugares perfectos, invulnerables al paso del tiempo y a las tragedias.

?En el fondo del fondo probablemente yo sabía la verdad, el problema es que la verdad no me era útil y quedó olvidada en un rincón, camuflajada por cosas más agradables, más intoxicantes, mucho menos reales.

?Fuerte, independiente y arisca.

Libre.

Yo debía ser como ella, como la mujer que el mundo real se negaba, rotundamente, a concederle. Eso explica por qué de vez en cuando, me miraba con nostalgia y me llamaba "imposible".

El resto de la historia la pueden encontrar aquí <http://megustaescribir.com/obra/50f9a58c8cca9>